

SANTIAGO DÍAZ

ACERCA DE *ECOMUNISMO. DEFENDER LA VIDA: DESTRUIR EL SISTEMA*, DE ARIEL PETRUCCELLI

En *Ecomunismo. Defender la vida: destruir el sistema* (Bs. As., IPS Karl Marx, 2025, col. Ecología y Marxismo), Ariel Petruccelli practica una suerte de microexcavación¹ estratigráfica conceptual, exponiendo capas –muchas veces disonantes entre sí– de significados ligados a una misma categoría. La dialéctica afilada de este método le permite repensar a fondo el vasto universo categorial al cual echa mano en su libro: colapso, naturaleza, ciencia, jerarquías causales, ecosocialismos y un largo etcétera, para reinsertarlos en los marcos de una perspectiva estratégica –radicalmente– marxista.

En los primeros tramos de libro, el autor ajusta cuentas con la “colapsología”, una suerte de pseudociencia forjada al calor de un “estado de ánimo subyacente cuando resulta más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo” (p. 19): el catastrofismo. Incluso, en una gran labor de tipo arqueológica, rastrea los antecedentes de este estado de ánimo a lo largo de la historia de la humanidad: “Los discursos, las concepciones, las representaciones y los sentimientos apocalípticos, sin embargo, son antiquísimos. Hay pasajes bíblicos que así lo atestiguan²” (*ídem*). Sin negar las fuerzas –cada vez más– destructivas lanzadas por el capital en su afán de “acumular por acumular”, Petruccelli denuncia esas narrativas distópicas, identificando en sus pliegues y contornos –nada más ni nada menos– la parálisis ideológica y el quietismo político. En efecto, se ha intentado –por momentos con bastante éxito– imponer un *corset* imaginativo en la conciencia de las masas populares, obturando la posibilidad de pensar en un *más allá del capital*.

Poniendo paños fríos de rigor científico y medida sociológica, señala que ni en el corto ni en el mediano plazo asistiremos a la distopía terminal de un derrumbe civilizatorio generalizado (aunque el horizonte próximo diste de ser alentador para las grandes mayorías), “Lo que cabe esperar son inundaciones de magnitud imprevista, sequías prolongadas, en algunos sitios crisis alimenticias, migraciones desde las zonas más afectadas, aumento del precio de la energía, restricciones energéticas, guerras por el control de los recursos, depredación extractivista, agudización de los conflictos geopolíticos, polarización ideológica, tensiones sociales incrementadas, crisis políticas generalizadas” (p. 73). En este punto, uno de los principales problemas que identifica y expone Petruccelli en relación con la noción del “colapso” (ligada a sus usos y abusos) es –por momentos– su inconmensurable elasticidad. La exacerbada ambigüedad a la que es sometida la categoría hace que resulte complicado definir con claridad sus contornos y, al mismo tiempo, que se produzcan deslizamientos cada vez más difíciles de atajar en los marcos de una perspectiva medida y razonable. Para nuestro autor, la descarada crudeza del “realismo capitalista”, fermento de la *Realpolitik*,

¹ Aunque su teoría tenga poco que ver con lo “micro”.

² “Es también una sensación muy frecuente en autores romanos del siglo V que vivieron el fin del Imperio de Occidente, o en escritores cristianos en las proximidades del año 1000. Y no hablemos de las angustias apocalípticas durante la crisis del siglo XIV en Europa, o en medio de la catástrofe de las poblaciones amerindias durante el siglo XVI, tras la invasión europea. La tragedia americana del siglo XVI entrañó, de hecho y sin ninguna duda, un completo derrumbe demográfico” (p. 19).

hunde raíces, ya no en el derrumbe de la URSS³, sino en la ausencia de una alternativa realmente existente al capitalismo. A lo señalado con anterioridad, se suma el movimiento pendular de una política hegemónica de masas que pareciera tener todos los frentes debidamente cubiertos: por un lado, el *conservadurismo* asociado a políticas neoliberales extremas; por el otro, el *progresismo*, cuya expresión cultural tardía⁴, el *wokismo*, canaliza el descontento social hacia causas que no colisionan con el poder de clase.

La otra cara de la moneda de la ideología burguesa la constituye el tecno-optimismo, que concibe el desenfrenado desarrollo tecnológico impulsado por el capitalismo como la panacea a los problemas... generados por el mismísimo capitalismo en su afán incesante de lucro: “Lo habitual es el optimismo acrítico, simplón e incluso patológico de personajes como Elon Musk y su berretín de colonizar Marte, Peter Thiel y sus intentos tan inmaduros como desesperados por revertir el proceso de envejecimiento, o Ray Kurzweil y los ridículos esfuerzos por cargar su mente en una supercomputadora” (p. 30). “Mientras los ultrarricos dilapidan millonadas en sus fantasías por escapar hacia el espacio o evitar la mortalidad, cientos de millones de sus congéneres padecen hambre y frío o mueren precozmente por causas muy fácilmente evitables” (*idem*).

Se trata de un libro que no hace ningún tipo de concesión al sentido común del ecologismo más ramplón, y que, al mismo tiempo, no le teme a la “corrección política” de una conciencia fetichizada de la naturaleza. Así lo expresa retomando una cita de Manuel Sacristán: “La naturaleza no es el paraíso. Seguramente es una madre pero una madre bastante sádica, todo hay que decirlo, como es conocimiento arcaico de la especie” (p. 34). No hay algo así como un espacio inmaculado y primigenio, una suerte de paraíso perdido en el movimiento disolvente de la modernidad capitalista. La naturaleza, tal como la conocemos, *es* una invención de los tiempos modernos. No porque se piense a través de esquemas binarios, cosa antidualéctica si las hay, sino porque se trata de una unidad orgánica entre la sociedad y la naturaleza, en un punto indisociables. La naturaleza es ya una naturaleza *para* las sociedades, de la misma manera que las sociedades no pueden asegurar su reproducción social sin *su* naturaleza. El mundo puede seguir existiendo, y seguramente lo hará, una vez que se extinga la especie humana. Si el hombre introduce perturbaciones excesivamente importantes en la biosfera, es siempre el juego imperturbable de las leyes de la naturaleza lo que hará que la Tierra sea inhabitable para el hombre. La naturaleza ligada al planeta Tierra seguirá existiendo. Tiene millones de años y la inmensidad del cosmos para empezar de nuevo. En este sentido, la naturaleza es invencible. La condición humana, incluso en su dimensión biológica, es frágil. Extinciones masivas de especies ya ocurrieron, mas no del planeta Tierra.

Petrucelli escarba buscando desentrañar los principios básicos subyacentes a la crisis ecológica actual. Así se pregunta “cuáles son las causas del dinamismo ciego que está agotando los recursos, destruyendo los suelos, extinguiendo especies, contaminando el ambiente, cambiando el clima, alienando a las personas... Mi respuesta, clásicamente marxista, es que la fuerza tras este desarrollo desquiciado es el capitalismo”, (p. 41) No realiza sofisticadas piruetas teóricas ni ensaya eventuales subterfugios; lo dice con claridad: el culpable es el capital. Haciendo una reivindicación explícita del corpus teórico marxiano, añade: “La explicación marxista sigue siendo la más consistente y convincente de todas las disponibles para comprender el históricamente anómalo crecimiento económico compulsivo que caracteriza a la sociedad contemporánea”, (p. 27) El tipo de sociabilidad indirecta que caracteriza al modo de producción capitalista da lugar a un incremento acelerado, desproporcionado y, pasado cierto umbral, destructivo de las fuerzas productivas. La guerra de la competencia, principal acicate de la acumulación de capital, se libra con el bagaje de las armas proporcionadas por la técnica.

Ajusta cuentas con las astillas posmodernas que, consciente o inconscientemente, cierto sector de la intelectualidad marxista inocular de vez en cuando. Por ejemplo, formula una crítica corrosiva a la

³ Lejano en el imaginario de las jóvenes generaciones.

⁴ Nos hacemos cargo de este concepto.

concepción ampliada del capitalismo propuesta por Nancy Fraser, específicamente, a una simetría causal que arroja un manto de opacidad sobre el peso determinante de ciertas contradicciones. Petruccelli, en cambio, propone una *teoría pluralista asimétrica* que, sin negar las otras “moradas ocultas del capital”, le da primacía a su basamento material: la acumulación capitalista. “Aunque toda forma de opresión es igualmente condenable en términos morales, no todas tienen el mismo impacto en términos causales para explicar un proceso histórico” (p. 48).

“Podríamos decir que lo que tienen en común todas las diferentes variantes de ecosocialismo es asumir que el capitalismo es la fuente fundamental de la crítica situación ecológica de la humanidad” (p. 79). Pasando revista a los principales posicionamientos político-ecológicos contemporáneos⁵, Petruccelli toma posición por una perspectiva revolucionaria ecologista, anticapitalista y no colapsista, operando una serie de reformulaciones originales que dan lugar a lo que denomina *ecomunismo*. “La propuesta que desarrollo en este libro (...) es una versión radicalizada dentro de este amplio arco: radicalizada en el sentido que plantea la necesidad actual de abolir el sistema capitalista y construir una sociedad comunista como condición excluyente para enfrentar la crisis social y ecológica” (p. 88). Cuestiona la matriz productivista que permea algunas lecturas del marxismo, fundamentalmente aquellas atadas a la idea de que el ascenso irrefrenable de las fuerzas productivas hará caer –cual “fruta madura”– el socialismo en nuestras manos (Ernest Mandel *dixit*). “El socialismo no puede promover el mismo tipo de ‘desarrollo’ capitalista, pero al alcance de todos y todas. Un socialismo genuino debe reivindicar un tipo de vida distinto: no un automóvil para cada persona, sino un transporte público eficiente y sustentable; menos objetos descartables y más bienes duraderos; reducir el hincapié en los artículos superfluos y ampliar las posibilidades de conocimiento; menos publicidad (incluso ninguna) y más literatura; desincentivar los viajes programados con sentido mercantil (aquellos que proporciona la industria del turismo) e incentivar la exploración geográfica y cultural en profundidad y el autoconocimiento” (p. 115).

En el último capítulo de su magnífico libro, Petruccelli busca trazar las líneas fundamentales de una política ecomunista, aclarando que su objetivo general consiste en fomentar un debate colectivo que nos permita precisar con mayores niveles de claridad sus propuestas. “Una política que merezca llamarse ecomunista apoyará todas las luchas sin descanso ni sectarismo, pero bregará por una unidad política, por un proyecto propio de la clase trabajadora, uno de cuyos puntales será la política ecológica” (p. 166). Ello presupone, para nuestro autor, antes que nada, la independencia de clase como principio rector de la política ecomunista, “no acompañar proyectos que se limiten a gestionar el sistema capitalista” (*idem*). En segundo lugar, “toda nuestra actividad social y económica debe permitir la reproducción de los sistemas naturales” (*idem*). En este sentido, la política ecomunista debe ser capaz de *suturar* la fractura metabólica previamente impuesta por el modo de producción capitalista en los tejidos ecosistémicos. Una de las estrategias que imagina Petruccelli para operativizar la eco-dependencia es la creación de un Servicio Agrario, por medio del cual la juventud pase un período en trabajos productivos rurales: “esto serviría para desarrollar una comprensión práctica de cuáles son las bases sobre las que se monta el mundo urbano e industrial, generaría puestos laborales abundantes y cargados de sentido, y permitiría crear una producción agraria menos tóxica y depredadora (además de asegurar la soberanía alimentaria de cada país)” (p. 167). “Una sociedad ecomunista debería garantizar trabajo a toda la población, asegurando a toda persona el acceso como mínimo a los trabajos del escalón más bajo de ingreso. En parte esto se conseguirá reduciendo la jornada laboral y repartiendo las horas restantes entre la población desocupada” (p. 168). Esta consigna, empalma de lleno con uno de los puntos clave del célebre *Programa de Transición* de León Trotsky. En una sociedad ecomunista, desde luego, la salud y la educación estarían completamente desmercantilizadas, y acceder a ellas sería un derecho igualitario y universal de toda la población.

⁵ Retomando una tipología formulada por Federico Ruiz, citada por Petruccelli en su libro (pp. 87-89).

“El ecomunismo debe ser, como poco, mesuradamente decrecentista. En muchos lugares la economía debe decrecer, pero no de la misma manera ni en la misma escala en todos los países y en todas las ramas de la producción. El ecomunismo realza otras riquezas: el tiempo libre, el silencio, el aire puro, los vínculos sociales, las experiencias humanas significativas. Su horizonte es el de vidas materiales relativamente austeras, pero simbólica y socialmente muy ricas. El gran debate es qué es lo que debe crecer y qué debe decrecer” (p. 169). He aquí el nudo gordiano del asunto, y por tanto, el espacio que aprovecharemos para formular algunos interrogantes con el objetivo de aportar modestamente al debate abierto el libro.

En su *Tratado de economía marxista*,⁶ Mandel señalaba que en caso de producirse –mediante una sinergia nunca antes vista de la clase trabajadora a escala internacional– la abolición mundial del modo de producción capitalista, podría ser perfectamente plausible el pasaje a una economía en la cual se supriman las categorías mercantiles. Es decir, sin período de transición mediante⁷. Claro, sería necesaria una colosal y radical distribución de las fuerzas productivas a escala global, dedicando una porción nada despreciable de la producción mundial a los países subdesarrollados. Sin embargo, si imaginamos que en el corto o mediano plazo esto no sucede, la situación cambia drásticamente. Habría que preguntarse si, en el estado actual, el desarrollo de las fuerzas productivas en las formaciones sociales dependientes y/o semicoloniales del Tercer Mundo, una radical redistribución de la riqueza social alcanzaría para cubrir las necesidades de sus poblaciones trabajadoras. Alimentarse adecuadamente y vestirse sobriamente ya constituiría un gran avance para vastos sectores de las clases trabajadoras y de las masas campesinas del Tercer Mundo, sin embargo, cabría sopesar si eso sería suficiente. Incluso si pensamos en el derrotero de las economías latinoamericanas en las últimas décadas, el agudo proceso de reprimarización impulsado por un extractivismo voraz tuvo como correlato una sistemática desindustrialización que, a su vez, implicó la destrucción de segmentos importantes del esquema industrial pretérito. En el caso argentino, como han señalado Ricardo Ortiz y Martín Schoor,

se expresan entre otras cosas, en un acentuado repliegue de la estructura fabril hacia actividades ligadas con la explotación de recursos naturales y la producción de *commodities*, así como el desmantelamiento de las manufacturas de mayor complejidad y densidad tecnológica, en particular las relacionadas con la fabricación nacional de bienes de capital. También son devastadas industrias livianas vinculadas con la construcción y bienes de consumo durable orientados a la demanda de vastos sectores sociales.⁸

“La penuria de valores de uso prolonga la vida del valor de cambio”, *ergo*, la vigencia de las categorías mercantiles y de la ley del valor. Este fue uno de los grandes dramas de la Revolución Cubana que se expresó en el llamado Gran Debate Cubano, que enfrentó al sector liderado por Ernesto Che Guevara con el sector pro-soviético de la dirección revolucionaria.⁹

Más allá de estas elucubraciones un tanto frágiles que entendimos necesarias exponer, el libro de Petruccelli es, sin lugar a dudas, uno de los intentos más lúcidos, rigurosos y necesarios, en estos tiempos aciagos, por inscribir el debate ecológico en las coordenadas marxistas.

⁶ Ernest Mandel, *Tratado de economía marxista*, México, Era, 1980.

⁷ Salvo lo que Mandel llama “período de transición de fricción”.

⁸ R. Ortiz y M. Schoor, “Ventajas comparativas, industrialización y desarrollo: apuntes para una necesaria discusión política en la Argentina”, en *Realidad Económica*, nro. 245, julio-agosto, 2009.

⁹ En el número 5 de los ya célebres *Cuadernos de Pasado y Presente*, Aricó compiló gran parte de este debate, con las intervenciones del Che, Mandel y Bettelheim. Disponible en www.marxists.org/espanol/tematica/cuadernos-pyp/index.htm.